

**S**e define la "actitud" como el conjunto de creencias, sentimientos y experiencias que condicionan nuestra "tendencia". La actitud es un presupuesto previo que condiciona nuestra conducta. Pero además la actitud previa hace que tamicemos las percepciones nuevas y nos convierte en seres monolíticos, salvo en el caso de que se modifique sustancialmente nuestra postura.

La tendencia final de nuestras actitudes podría, tal vez, simplificarse en el conocido postulado freudiano: la búsqueda del placer —el bienestar, la consideración de los demás, la "otra vida"— y la huida del dolor —el malestar, las privaciones, el aislamiento social, el "infierno", etc.—. Este es uno de los pocos principios que podrían acomodarse a las nuevas teorías conductistas: cuando actuamos de una forma o de otra lo hacemos buscando el efecto de nuestra conducta. Cada día se tiende más a quitar importancia a lo que ocurre "dentro" de nuestro mundo psíquico, a la lucha planteada entre el ello, el yo y el superyo. No podemos explicarnos a nosotros mismos mas que con los datos que nos da nuestro tiempo cultural. Ayer, el hombre se explicaba a sí mismo de una forma, hoy de otra, y mañana, sin duda, lo hará de otra. De donde resulta que la explicación es una forma de calmar su angustia, pero nada más. Es el efecto último de la conducta el que alimenta y mantiene el comportamiento. El éxito produce una "tasa" alta de conducta y el fracaso reduce la tasa o la anula.

La "actitud" se va conformando por el resultado conjunto de dos factores que se interaccionan. Por una parte, ciertos datos previos de lo que se llama "la personalidad", y por otra, la influencia ambiental. Resulta, sin embargo, que la personalidad está muy poco condicionada por factores genéticos y mucho, también, por condicionamientos ambientales. Que una persona sea comunicativa o se encierre en sí misma no depende de ningún factor genético, sino de que su ambiente le haya permitido expresarse o no en su desarrollo. Nuestro físico depende en parte de la genética, pero en parte también de la alimentación. O sea: el crecimiento de mis miembros, la expresión de la cara, la seguridad en uno mismo, su mayor o menor capacidad para sentir y expresarse, son el resultado de la interacción entre la persona y su mundo, su grupo y sus circunstancias. Son factores que le condicionan.

El grupo es esencial. Porque no solamente se pertenece a uno, sino a varios, superpuestos, que a veces coexisten pacíficamente y a veces entran en conflicto. El hombre ne-

# Sobre la "actitud" ante las elecciones

**DR. C. ORTEGA MATILLA**

cesita del grupo para defender su territorio físico y su territorio "cultural", su terreno económico y sus ideas. Se puede ser a la vez profesional en algo, y socio de un club y militante de un partido. Son diversos grupos con mayor o menor afinidad, pero con sus leyes propias. Y además no se trata sólo del grupo en que se está, sino del grupo al que se aspira. El nivel de aspiraciones de una persona la puede conducir a una cierta paz interior, si accede a él, o a una frustración si no accede. Los grupos a los que pertenecemos tienen sus leyes. Nos premian con su ayuda, con su consideración, nos hacen más accesible lo que necesitamos, pero siempre que nos mantengamos dentro de sus leyes. Porque también castigan con la segregación si no se siguen sus leyes. La persecución del propio grupo al que uno ha pertenecido es la más implacable, como demuestra la Historia.

La "actitud" tiende a mantenerse y persistir por el efecto de sus tendencias, que le han ido conformando. Y además, por si fuera poco, por el efecto del grupo. Esto hace que el hombre sea casi impenetrable a todo lo que es extraño, a todo lo que puede conducirle a la indecisión —la duda es angustia—, o al conflicto interior. Lo consigue haciéndose un tamiz para sus percepciones, procurando que lo que llega hasta él sea aséptico y encaje en los esquemas previos de su actitud. Se llega hasta la deformación de la percepción. Como no puede de repente volverse ciego o sordo, lo que el hombre hace es no registrar aquello que le produce roces en las esquinas interiores de su actitud previa. Lo que le es familiar y apoya sus esquemas es objetivo y ecuaníme. Lo que no apoya sus esquemas es absurdo y apasionado. Con lo que sus esquemas son cada vez más rígidos, más impermeables y más aparentemente realistas. Todo el mundo es ecuaníme, todo el mundo es justo y objetivo, todo el mundo es liberal. Si todo el mundo fuera como todo el mundo se cree que es, la Humanidad habría alcanzado la perfección hace ya mucho tiempo.

Un fenómeno tan importante como la actitud previa, naturalmente, habría que intentar modificarlo.

El grupo o el partido político capaz de modificar actitudes a su conveniencia, tiene en sus manos el éxito. El objetivo de esta campaña y de cualquiera otra que preceda a unas elecciones, es precisamente el cambio de actitud de los posibles electores, inclinándola a un fin concreto. En principio hay que contar con dos tipos de actitud: las muy rígidas, muy estables y las más moldeables o inestables. Dentro de las primeras se puede contar con un determinado porcentaje de actitudes favorables de las que hay poco que ocuparse, y otro porcentaje casi

zada" o el de las "actitudes relacionadas" tendrán, sin duda, un desarrollo actual en consonancia con lo que se sabe de los refuerzos positivos y negativos condicionados. Otros principios seguirán siendo válidos, como por ejemplo el del prestigio. No sólo importa el contenido del mensaje, sino quién lo emite. Que el emisor merezca o no crédito es esencial. Y su figura. La estética del emisor puede ser un factor de modificación, aunque se sepa o se haya dicho que los factores ligados a la estética tienen un efecto menos duradero en el tiempo que el conte-



similar de actitudes opuestas, sobre las que tampoco hay mucho que hacer. Sospecho que esta topografía de la actitud es aplicable lo mismo a un extremo que a otro del arco político, e incluso al centro, ya que cualquier inclinación a uno de los lados se aleja de él. Las que hay que trabajar, en principio, son las actitudes que dentro de su natural tendencia a la cohesión, sean más moldeables. Es hacia ellas a las que hay que dirigir la persuasión.

La persuasión es el eje de la propaganda. Supongo que en el terreno técnico, las leyes de la propaganda han tenido que sufrir muchas modificaciones en los últimos tiempos, de acuerdo con las modernas tendencias de la psicología. Principios como el de "la revelación apla-

nido del mensaje. La estética es en sí ya mensaje. De ahí viene la mayor importancia de los medios audiovisuales. Es un mensaje incluso me atrevería a decir que más eficaz porque habla directamente al subconsciente, al residuo de lenguaje preverbal, mayor o menor, que queda en cada uno de nosotros. Los políticos lo han sabido siempre por intuición. Cuando esto no se sabe por intuición y se intenta aprender mediante la técnica sola, el resultado no es un político, es un tecnócrata. Político es el hombre que domina los mecanismos inconscientes, preverbiales, que pueden condicionar cambios de conducta, es decir, de actitud. Utilizará las expresiones familiares al grupo al que se dirige, sus gestos comunes, su propia for-



El grupo o partido político capaz de modificar actitudes a su conveniencia, tiene en sus manos el éxito.

ma de vestir o peinarse, incluso el tempo de su voz, pausada o cortante, el tono apropiado. Gritará al que está acostumbrado a que le griten, o hablará susurrante si es eso lo que esperan de él. Se puede observar, por ejemplo, cómo ha habido un cambio general en los posibles auditores, si se compara la actuación del político hace unos lustros con la de ahora, limitándonos al terreno del tono de voz. Ahora, incluso los extremistas hablan con voz pausada, templada, comedida. No porque los políticos en general, todos ellos, hayan conseguido un notable nivel de templanza, sino porque los auditorios de hoy exigen en cierto modo esa templanza, claro.

Todo el mundo sabe que para que un argumento resulte realmente convincente debe llevar un contraargumento evidente, que conviene destacar. La autocritica tiene que ser fácilmente convertible, por supuesto, para que cumpla su función. Un exceso de dogmatismo puede reforzar fácilmente la impenetrabilidad de la actitud. Por el contrario, si el argumento va ya con su porción de crítica, además de que se acepta mejor, puede hacer que la crítica del auditor se centre precisamente en la porción de crítica que se le ha dado, con lo que al final resulta que está admitiendo todo.

También cuenta el orden de pre-

sentación de los argumentos: las cosas gratas tienen que preceder a las desagradables. Primero hay que destacar todo lo que suponga vivir mejor —orden, beneficios, nivel de vida, etc.—, porque si lo primero que se expone es lo desagradable —impuestos, coartación de libertades, etcétera— se provoca una renuncia a la percepción objetiva, y la actitud que se quiere cambiar se cierra en sí misma y se impermeabiliza.

Es difícil precisar qué condiciones influyen en que las actitudes sean más abiertas, menos rígidas, más moldeables. Por de pronto hay que anular los argumentos que tienden a crear movimientos autodefensivos de la propia "territorialidad", que conducen a actitudes difíciles de superar. El territorio humano, ya se sabe, es muy complejo: no sólo es la casa donde se vive, la ciudad o la nación, aunque sean factores importantes como estímulo para la autodefensa. Lo es también el ámbito de trabajo, la profesión, la posibilidad de ejercerla de una u otra forma, el prestigio personal, el ámbito cultural de uno mismo y de su grupo. Los ataques frontales a esta múltiple territorialidad humana provocan una actitud de defensa que tiene unas raíces biológicas indudables. Ya no se usan los ataques frontales al antiguo uso, como los "judíos, masones y comunistas", o "capitalistas, curas y colonialistas",

El abuso de estos esquemas les ha hecho perder vigencia. Se utilizarán conceptos menos gastados, que puedan llevar una carga de provocación autodefensiva, como "inflación, paro, terrorismo, delincuencia".

Las últimas décadas han tenido una influencia muy peculiar en la conformación de las actitudes previas. Se ha hecho un troquelado sistemático. Una dictadura es un régimen en el que una minoría excluyente actúa sobre una mayoría excluida. La democracia es el régimen donde la mayoría "se incluye". También existen minorías autoexcluidas en las democracias reales, pero si no están dentro, al menos rozan la patología de la personalidad. En una situación como la actual, a medio camino entre un pasado y un futuro, situación más o menos estática según desde dónde se mire, "unas" ciertas minorías adoptan un papel "incluyente" frente a una mayoría potencialmente "incluirable". Naturalmente, la minoría residual del régimen anterior carece de credibilidad cuando promete la alteración de unos "status", de unos esquemas sociales que la han servido hasta ahora para su propio desarrollo. Las nuevas minorías, los partidos no contaminados por el régimen anterior necesitan propugnar una alteración más o menos fundamental de dichos esquemas sociales. Tienen la ventaja de la credibilidad, ya que no han sido contrastados por la experiencia, y la desventaja de que todo cambio provoca ansiedad. Durante muchos años, aquí no ha habido futuro. Se ha vivido al día, y además con sujeción a unas normas prefijadas, que emanaban de las alturas y eran inatacables. La contrapartida de la angustia social, consciente o inconsciente, era la de no tener que decidir. "Alguien" decidía. Luego se abre, necesariamente, el vacío del futuro: "alguien" ya no decide: la decisión es cosa de todos. Todo eso es fuertemente ansiógeno, como puede probarse. Naturalmente ha habido que ir suavizando los ataques frontales para no crear el pánico por el crecimiento de la angustia: renuncia al marxismo, defensa de la propiedad privada, supuesta ignorancia de los grupúsculos en decadencia, etcétera. El mayor problema que se presenta para el cambio sustancial de las actitudes quizá sea el que se haya asociado, sistemáticamente, algunos fenómenos sociales —delincuencia, paro, terrorismo, etc.— con la libertad. Son fenómenos coincidentes, pero no necesariamente secuenciales. Son contingentes, por ejemplo, la delincuencia y el paro, o el terrorismo y la rigidez estatal. En cualquier democracia de las que funcionan en el mundo ha habido más índice de empleo y más orden social auténtico que en cualquier dictadura, siempre que no se

confundan el orden y el silencio impuesto, o las huelgas y los bajos niveles de producción, aunque puedan ser absorbidos por el encarecimiento progresivo de los productos y sean, en definitiva, una huelga encubierta y continua. Que hoy en Europa proliferen los conflictos laborales y se estén enconando, no es consecuencia de la democracia precisamente.

Delincuencia, paro, terrorismo, violaciones, etc., son estímulos secundarios condicionantes que provocan una actitud defensiva y fortalecen la oposición al cambio. Se busca el desprestigio del mecanismo electoral con argumentos tan peregrinos como su coste económico, precisamente por personas que nunca han querido calcular el coste real, económico y humano de una guerra civil. Con lo que en definitiva se delimitan claramente dos posturas básicas: o participar o abstenerse. La participación abre ante sí el conocido abanico de posibilidades que va de un extremo a otro de la escala cromática política. Pero toda elección, cualquier elección, ya de por sí es ansiógena. La actitud previa limita el campo de elección. Esa es la fuerza de cualquier centro político: marca bien sus diferencias con los extremos, o acentúa sus diferencias y reduce la angustia.

La abstención hay que verla también como una postura dinámica, porque exige una decisión, la de no participar. No es que no se sepa qué hacer, sino que no se quiere hacer, aquí y ahora. Es una postura estimulada durante décadas, que ahora tiene determinantes muy complejos: la edad, por ejemplo, y la vivencia directa de otras situaciones en las que una participación condujo al exilio o a la muerte; la defensa de un "status" que se compromete con el cambio y que conduce a una situación de sobrecogimiento. O la falta de credibilidad en los resultados finales: no de la elección, sino de las consecuencias de dicha elección. La experiencia electoral, en este país, ha sido muy breve y no ha ido seguida de refuerzos positivos. El resultado de las dos últimas elecciones no ha sido tan claro, tan explícito, tan concluyente como para que se convirtiera en reforzador de la conducta electoral. Los mejores cronistas de las sesiones del último Parlamento acentuaban su éxito con el enfoque humorista de algo que podía ser radicalmente serio. Se ha visto que las leyes constitucionales tenían tal holgura que permitían moverse de un extremo a otro sin conculcarlas. Y los actos políticos del grupo en el poder han dado una cierta sensación de inoperancia, que ha sido subrayada por los grupos rivales, incluso por sus más afines. Esto, y la seguridad que manifiestan en su permanencia, es difícil que incline la balanza hacia un lado o hacia otro en la participación. Es más fácil que promuevan la actitud abstencionista. ■